



GEN 1-3 EN LAS HOMILIAS DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

GONZALO ARANDA

A lo largo de su historia la Iglesia va profundizando en el sentido de la Sagrada Escritura, tanto por el estudio de los textos sagrados con los métodos científicos, como por la meditación de esos mismos textos y la vivencia de las realidades que presentan. Este último es el ámbito de la proclamación de la Biblia como Palabra de Dios en la liturgia, y su empleo en la predicación y la catequesis, que deben siempre nutrirse de sus enseñanzas¹. En este contexto especialmente —aunque también ha de tenerse en cuenta en el estudio científico²— es donde la Biblia se lee con el mismo espíritu con que se escribió, y donde cada uno de sus pasajes se ilumina con el conjunto de la doctrina cristiana, es decir, se comprende a la luz de la unidad de toda la Sagrada Escritura y se interpreta según la Tradición de la Iglesia, expuesta por el Magisterio. De esta forma el mensaje de la Biblia se actualiza para los hombres de cada época, puesto que en todo tiempo Dios habla a los hombres mediante los textos sagrados. Esta actualización ha de tener en cuenta, de un modo u otro, los resultados ofrecidos por la ciencia bíblica en cada época, precisamente en orden a que el mensaje de la Biblia sea mejor comprendido³ y a que se eviten acomodaciones extrapoladas no acordes con el mismo texto.

1. Cfr. *Dei Verbum*, nn. 21, 24.

2. Cfr. *Dei Verbum*, nn. 12.

3. Baste recordar en este sentido la exégesis espiritual, alegórica o tropológica, practicada por los Santos Padres en orden a mostrar la verdad sobre Jesucristo y la Iglesia. Se trataba de una forma de actualización de la Sagrada Escritura con los métodos propios de aquella época. Para ello, por ejemplo, no sólo acomodaban a la verdad cristiana los pasajes de Antiguo Testamento, sino que veían esa misma verdad contenida ya tipológicamente en los mismos.

En las páginas que siguen intentaremos ofrecer un esbozo de la comprensión y actualización de los tres primeros capítulos del Génesis que subyace en las homilias del Beato Escrivá de Balaguer, fundador del Opus Dei⁴. La relevancia de dichas homilias entre la literatura espiritual contemporánea es universalmente reconocida, tanto por la amplia difusión que han adquirido⁵, como por la personalidad de su autor, declarado Beato por la Iglesia el pasado 17 de mayo. En cuanto a la importancia de los tres primeros capítulos del Génesis para la doctrina y la fe cristiana, no hace falta insistir. Recordemos solamente que en ellos se contienen verdades fundamentales sobre la creación del mundo y del hombre por Dios y sobre el origen del pecado y del mal. Conviene observar ya desde ahora que estas homilias de Mons. Escrivá no van orientadas directamente a explicar pasajes bíblicos, no son escritos exegéticos en ese sentido, sino que se proponen más bien exponer y profundizar temas fundamentales de la vida cristiana, desarrollados al hilo de diversas festividades litúrgicas —así las recogidas en el primero de los volúmenes citados—, o centrados en torno a las virtudes humanas y cristianas básicas.⁶ Esta observación tiene su importancia en orden a precisar el modo en que se recurre a la Sagrada Escritura en las homilias citadas, y, en consecuencia al método que seguiremos en nuestro análisis.

En las homilias encontramos con mucha frecuencia citas expresas de pasajes bíblicos, bien porque se insertan en el discurso mismo de la predicación, bien porque se alude a ellos mediante referencias en nota a pie de página. En gran cantidad de ocasiones, sin embargo, el pensamiento que se desarrolla tiene un claro fundamento escriturístico fácilmente deducible, sin que haya ninguna referencia expresa a la Biblia. De ahí que nuestro acercamiento a la predicación de Mons. Escrivá consistirá en buena parte en espigar pasajes de sus escritos, y ordenarlos al hilo de los principales temas que aparecen en Gen 1-3, como son: 1) la creación de todo lo que existe por parte de Dios, 2) la bondad del mundo salido de las manos del Creador, 3) la peculiar creación del hombre a imagen y semejanza de su Creador, 4) la misión del hombre sobre la tierra. Intentaremos presentar,

4. Utilizamos las homilias recogidas en *Es Cristo que pasa*, Madrid 1973 y *Amigos de Dios*, Madrid 1977; también la titulada *Amar al mundo apasionadamente* recogida en *Conversaciones con Monseñor Escrivá de Balaguer*, Madrid 1968 nn. 113-123 y otras publicadas en *Folletos Mundo Cristiano*, nn. 160, 170.

5. Cfr. F. L. MATEO SECO, *Obras de Mons. Escrivá de Balaguer y estudios sobre el Opus Dei*, en AA.VV. *Mons. Escrivá de Balaguer y el Opus Dei*, Pamplona 1982, pp. 387-395.

6. Cfr. Álvaro DEL PORTILLO, *Introducción a amigos de Dios*, p. 12.



dejando hablar al texto mismo de las homilías, la comprensión que sobre cada uno de esos temas ofrece el fundador del Opus Dei, cuando en ellas aparece una referencia explícita o implícita a esos pasajes del Génesis. Antes, sin embargo, nos detendremos brevemente en algunas consideraciones genéricas sobre la perspectiva desde la que Mons. Escrivá acude a Gen 1-3, y sobre su enseñanza acerca de la veracidad de la Escritura.

1. Cuestiones introductorias

a) *El acceso a Gen 1-3 en la predicación del Beato Josemaría Escrivá*

Dado el carácter homilético de los escritos aquí analizados, los pasajes bíblicos, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, citados o aludidos en ellos, son comprendidos y actualizados desde la óptica del conjunto de la verdad de la fe cristiana, y, especialmente, desde aquellos aspectos de esa misma verdad que constituyen como los puntos fundamentales en el conjunto de la predicación del fundador del Opus Dei, tales como la maravillosa realidad de la filiación divina⁷, la llamada universal a la santidad⁸, o la santificación del trabajo⁹. Podemos decir ya, a modo de una síntesis inicial, que la originalidad de Mons. Escrivá en la comprensión y actualización de los textos de la Biblia está en correlación a la profundidad con que percibe y expone el mensaje cristiano, extraído, al mismo tiempo, de las fuentes de la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia.

Las referencias expresas a los tres primeros capítulos del Génesis no son muy abundantes en estas homilías: se reducen a una decena de ocasiones¹⁰. Sin embargo hay que decir que tal contabilización de referencias

7. Sobre este tema en la predicación de Mons. Escrivá, Cfr. por ej. F. OCARIZ, *La filiación divina, realidad central en la vida y en la enseñanza de Mons. Escrivá*, en *Mons. Escrivá y el Opus Dei* pp. 161-200.

8. Cfr. L. ALONSO, *La vocación apostólica del cristiano en la enseñanza de Mons. Escrivá de Balaguer* en *Mons. Escrivá y el Opus Dei*, pp. 215-276.

9. Cfr. J. L. ILLANES, *La santificación del trabajo, tema de nuestro tiempo*, Epalsa, Madrid 1966; J-M AUBERT, *La santificación del trabajo*, en *Mons. Escrivá y el Opus Dei*, pp. 201-210.

10. Puede verse a simple vista consultando los índices de citas bíblicas al final de cada uno de los volúmenes de homilías. Gen 1,7ss aparece citado en *Amar al mundo apasionadamente* 114, Gen 1,26 lo encontramos cuatro veces (*Es Cristo que pasa* 10. 84, *Amigos de Dios* 73. 116) siempre a propósito de la dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios; Gen 1,28 una sola vez (*Es Cristo que pasa* 47) en relación al trabajo como derivado del mandato divino de dominar la tierra; Gen 2,12 —*ut operaretur*— tres veces (*Amigos de Dios* 57. 81. 169) también en rela-



expresas no da razón exacta de la incidencia que estos pasajes bíblicos tienen en el pensamiento de Mons. Escrivá, ya que la enseñanza de Gen 1-3, integrada en el conjunto de la fe cristiana, subyace en los puntos esenciales del mensaje del fundador del Opus Dei¹¹. Es precisamente para mostrar la fundamentación de tales puntos en la revelación divina para lo que Mons. Escrivá recurre expresamente al texto bíblico. De ahí que busque poner de relieve su sentido teológico y espiritual, actualizado de forma que pueda ser vivido por quiénes le escuchan. Y de ahí también que no se detenga en cuestiones de crítica literaria o histórica que no forman parte del depósito de la fe, tales como quienes fueron los autores humanos, o la historia de la redacción de tales textos. Hay, sin embargo, una cuestión relacionada con estas últimas a nivel fundamental, que sí interesa a la fe, y que aflora por tanto expresamente en algún momento de la predicación del fundador del Opus Dei. Se trata de la verdad contenida en la Sagrada Escritura, que se ha planteado de manera especial a propósito de los primeros capítulos del Génesis. Convendrá por ello ver qué enseña al respecto el Beato Josemaría Escrivá.

b) *La verdad de la Biblia*

Uno de los aspectos que más han clarificado las ciencias bíblicas a lo largo de este siglo ha sido precisamente el carácter peculiar —propio de los contextos culturales en que surgen los textos— del lenguaje en el que los primeros capítulos del Génesis narran la creación del mundo y del hombre por Dios, y el origen del mal a causa del pecado¹². La discusión

ción al trabajo; y Gen 3,5 en dos ocasiones (*Es Cristo que pasa* 6; *Amigos de Dios* 99) recordando la tentación a nuestros primeros padres como dioses.

11. Podemos señalar ya a modo de ejemplo que Mons. Escrivá se dirige «al cristiano que está en medio del mundo, el lugar donde Dios ha querido colocarle» (A. DEL PORTILLO, *Introducción a Amigos de Dios*, p. 15), y es precisamente esa situación del hombre en el mundo lo que se describe en esos primeros capítulos del Génesis. Cfr. también J. M. CASCIARO, *La santificación del cristiano en medio del mundo, en Mons. Escrivá y el Opus Dei*, pp. 101-160. Asimismo podemos mencionar, a título orientativo, que el sentido del trabajo, cuya importancia como medio de santificación ocupa un lugar de primer orden en toda la predicación del fundador del Opus Dei, está revelado en esos mismos pasajes bíblicos. Se puede afirmar, en una primera aproximación, que la enseñanza bíblica contenida en Gen 1-3 ocupa un lugar preeminente en la predicación de Mons. Escrivá.

12. La enorme riqueza expresiva y de contenido encerrada en ese lenguaje puede verse reflejada en las catequesis del Papa Juan Pablo II a lo largo de las audiencias generales de los miércoles durante los años 1979-1982. En la audiencia del 19 de septiembre de 1979 expone los rasgos esenciales del lenguaje utilizado por Biblia en Gen 1-3.



sobre el carácter histórico de estos pasajes, que con tanto encono planteaba la crítica racionalista¹³, ha sido fundamentalmente superada al profundizarse más en el sentido religioso que tienen las narraciones bíblicas, que ciertamente refieren acontecimientos de orden histórico¹⁴. Algunos de éstos guardan relación con aspectos de los que se ocupa la ciencia, como el origen y la formación del universo, o el momento y forma de la aparición del hombre sobre la tierra. De ahí que las afirmaciones de ésta han podido suponer —y a veces suponen todavía— dificultades para la fe en algunos cristianos. Mons. Escrivá es consciente de tales dificultades, y por eso, en su predicación, orienta hacia un planteamiento correcto de las cuestiones, situándolas en el contexto más amplio de las relaciones entre la fe y la ciencia.

La veracidad de la Sagrada Escritura en cuanto Revelación divina aparece en las homilías como un principio indiscutible, entendiendo que el contenido de la Escritura forma parte de la verdad de fe. Mons. Escrivá considera un planteamiento falso aquel que pretendiera ver oposición entre la fe y la ciencia. «Con periódica monotonía —escribe— algunos tratan de resucitar una supuesta incompatibilidad entre la fe y la ciencia; entre la inteligencia humana y la Revelación divina. Esa incompatibilidad sólo puede aparecer, y aparentemente, cuando no se entienden los términos reales del problema»¹⁵. Estas afirmaciones vienen hechas en el contexto de exhortar a los fieles a que, en la medida de sus posibilidades, cultiven un «estudio serio, científico, de la fe», siendo al mismo tiempo «piadosos como niños»¹⁶.

El estudio y la recta comprensión de los primeros capítulos del Génesis deberá entrar también, lógicamente, en esa «ciencia de teólogo» que el fundador del Opus Dei pide al cristiano; sobre todo si tenemos en cuenta que es precisamente en la enseñanza contenida en esos pasajes bíblicos donde se sitúan con objetividad «los términos reales del problema». En efecto, Mons. Escrivá considera la relación entre fe y ciencia a la luz de las verdades fundamentales sobre el mundo y el hombre contenidas en

13. Frente a las afirmaciones de dicha crítica puede verse la respuesta de la Pontificia Comisión Bíblica del 30 de junio de 1909, completada más tarde por una carta de esa misma Comisión al cardenal Suhard de París el 16 de enero de 1948, y por la encíclica *Humani Géneris* de Pío XII el 12 de agosto de 1950.

14. El n. 3 de la Const. *Dei Verbum* del Conc. Vaticano II presenta una síntesis de la enseñanza contenida en Gen 1-3 orientando la comprensión de sus dimensiones históricas.

15. *Vocación cristiana* en *Es Cristo que pasa* 10.

16. *Ibidem*.

Gen 1; pero tiene en cuenta, al mismo tiempo, el conjunto de la economía salvífica y la elevación del hombre al orden de la gracia: «Si el mundo ha salido de las manos de Dios, si El ha creado al hombre a su imagen y semejanza (*Gen* I,26) y le ha dado una chispa de su luz, el trabajo de la inteligencia debe —aunque sea con duro trabajo— desentrañar el sentido divino que ya naturalmente tienen todas las cosas; y con la luz de la fe percibimos también su sentido sobrenatural, el que resulta de nuestra elevación al orden de la gracia»¹⁷.

Mons. Escrivá recoge aquí claramente la doctrina del Concilio Vaticano I y de la Encíclica *Humani Generis* sobre las relaciones entre fe y razón¹⁸. Pero es interesante observar cómo en la homilía esa doctrina viene presentada no tanto en un tono apologético o defensivo frente al racionalismo, o a las dificultades concretas en torno a los primeros capítulos del Génesis; sino más bien en un tono decididamente positivo, como invitación al cristiano, y a todo hombre, a buscar sin miedo la verdad mediante el trabajo de su inteligencia: «No podemos admitir el miedo a la ciencia —escribe en otra homilía—, porque cualquier labor, si es verdaderamente científica, tiende a la verdad. Y Cristo dijo: *Ego sum Veritas* (*Joh* XIV, 6). Yo soy la Verdad¹⁹». De esta forma Mons. Escrivá ofrece, a nivel de principios, una orientación clara y segura: las verdaderas afirmaciones de la ciencia no sólo no pueden ser incompatibles con lo que nos enseña la fe, sino que, en cuanto responden a una búsqueda sincera de la verdad, conducen en definitiva hacia Cristo. Con esta amplitud de miras afirma el fundador del Opus Dei que «el cristiano debe tener hambre de saber», tanto en lo que respecta a la ciencia teológica, como por «alcanzar la más profunda significación de este mundo, que es hechura del Creador»²⁰.

En la perspectiva de Mons. Escrivá, la profunda significación del mundo creado sólo se encuentra en Jesucristo, y es, por tanto, a la luz de la fe en El como puede comprenderse el exacto sentido de la existencia humana y de toda la realidad terrena. La razón, explicará citando a S. Pablo, es que Cristo es el Señor del mundo, «pues por El fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra; El ha reconciliado con el Padre todas las cosas, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra, por medio de la

17. *Ibidem*.

18. Cfr. VATICANO I, *Const. Dei Filius*, cap. IV, Apdo. *De impossibilitate oppositionis inter fidem et rationem*; PIO XII, *Enc. Humani Generis* (n. 701 de S. MUÑOZ IGLESIAS, *Documentos bíblicos*, Madrid 1955)

19. *Vocación cristiana en Es Cristo que pasa* 10.

20. *Ibidem*.



sangre que derramó en la cruz (Cfr. Col 1,11)»²¹. La veracidad de la Sagrada Escritura cuando nos habla del mundo y del hombre —de los que también se ocupan las ciencias humanas— está fundamentada en última instancia en Jesucristo, y, a la luz de su Revelación, es posible entenderla en toda su profundidad. De ahí que cuando en las homilías aparecen, de un modo u otro, referencias a los primeros capítulos del Génesis —y podemos hacerlo extensivo a cualquier pasaje de la Biblia— la comprensión de éstos viene iluminada por la fe en Jesucristo y su obra redentora, y orientada a la misión del cristiano de «poner a Cristo en la cima de todas las actividades humanas».

2. La creación, obra de Dios.

La creación del mundo por Dios es contemplada por el Beato Escrivá de Balaguer, ante todo, como la expresión del absoluto señorío de Dios sobre el mundo y sobre la historia. A lo largo de las homilías, la atención no recae tanto en cómo pudieron haber sucedido las cosas en el origen, sino en el significado profundo que se deduce de la narración bíblica del Génesis y en el conjunto de la Escritura. «Nuestra fe nos enseña —leemos en la homilía *El Gran desconocido*— que la creación entera, el movimiento de la tierra y el de los astros, las acciones rectas de las criaturas y cuanto hay de positivo en el sucederse de la historia, todo, en una palabra, ha venido de Dios y a Dios se ordena»²². En esta afirmación resuenan tanto la enseñanza de Gen 1,1 «En el principio Dios creó los cielos y la tierra», como la visión de la historia que aparece a lo largo de toda la Biblia: una historia que se inicia por la acción creadora de Dios y se desarrolla guiada asimismo por Dios para llevar a cabo en ella sus designios salvíficos²³. El relato de la creación en Génesis no constituye, en efecto, una verdad aislada, un capítulo independiente de la historia de la salvación, sino que entra en los planes salvíficos divinos²⁴,

21. *Cristo Rey* en *Es Cristo que pasa* 180.

22. *Es Cristo que pasa* 130.

23. Cfr. por ej. Sal 105; Ecclo 44-50; Sab 10-19.

24. En la estructura del libro del Génesis, la creación de los cielos y la tierra es la primera de las diez generaciones —*toledot*— (cfr. Gn 2,4) que marcan el sucederse de la historia hasta llegar a la formación del pueblo elegido representado en los doce hijos de Jacob. El sucederse de las otras «generaciones» se va señalando en Gn 5,1; 6,9; 10,1; 11,10.27; 25,12.19; 36,1; 37,2. Por otra parte, la misma trama de los once primeros capítulos del Génesis deja descubrir que el punto culminante al que se orientan, incluidos los relatos de la creación, es la llamada de Abraham por parte de Dios en Gn 12,1.

y se comprende precisamente a la luz de las gestas salvadoras obradas por Yahweh en favor de su pueblo²⁵.

La acción de Dios Creador —recalcará Mons. Escrivá— sigue desplegándose en el mundo y en la historia, no sólo manteniendo en el ser todo lo que existe, sino también conduciendo a la creación entera hacia su culminación en Jesucristo: «La fe nos recuerda que el Señor obra constantemente: es El quien nos ha creado y nos mantiene en el ser; quien, con su gracia, conduce la creación entera hacia la libertad de la gloria de los hijos de Dios (cfr. *Rom VIII,21*)»²⁶. Siguiendo a S. Pablo la creación es contemplada teleológicamente. Creación y redención van inseparablemente unidas como obras del mismo y único Dios que manifiesta así su infinito amor hacia sus criaturas²⁷.

Un pasaje de la homilía *La libertad, don de Dios* puede servirnos de aproximación al pensamiento del fundador del Opus Dei sobre el hecho mismo de la creación del mundo por Dios. Dice así: «En todos los misterios de nuestra fe católica aletea ese canto a la libertad. La Trinidad Beatísima saca de la nada al mundo y al hombre, en un libre derroche de amor»²⁸. Dios es contemplado ya en el mismo acto creador como el Dios Trino, que obra con absoluta libertad, movido por su inmenso amor. Si Mons. Escrivá contempla al Dios Creador como la Trinidad Beatísima, no lo hace apoyándose en interpretaciones alegóricas de Gen 1,1-2, como las desarrolladas por algunos Santos Padres, que veían al Hijo significado en la expresión «En el principio», y al Espíritu Santo en la frase «el espíritu de Dios aleteaba sobre las aguas»²⁹. Más bien, según se desprende del tenor de los textos de las homilías que venimos citando, su autor se apoya

25. La «creación del pueblo de Israel por parte de Dios —llevada a cabo en la elección de Abraham y el cumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas, y, de manera muy especial, en la liberación de Egipto y donación de la tierra prometida (cfr Dt 26,5-10; Jos 24,2-13)— refleja el mismo poder de Dios Creador del mundo (cfr Is 44,24). Frente a las cosmogonías paganas, y aunque recogiendo en parte su forma de expresión, Gen 1 refleja ese mismo poder de Dios que se ha manifestado en la historia de Israel.

26. *El Gran desconocido* en *Es Cristo que pasa* 130.

27. «Si Dios nos ha creado, si nos ha redimido —escribe Mons. Escrivá en este mismo sentido en *Vida de oración*—, si nos ama hasta el punto de entregar por nosotros a su Hijo unigénito (cfr. *Joh III, 16*), si nos espera —¡cada día!— como esperaba aquel padre de la parábola a su hijo pródigo (cfr. *Lc XV,11-23*), ¿cómo no va a desear que lo tratemos amorosamente?» (*Amigos de Dios* 251).

28. *Amigos de Dios* 25.

29. Cfr. por ej. S. AGUSTÍN *Confesiones* XII, 5, 244. Para otros ejemplos cfr. U. NERI, *Genesis*, Torino 1985, pp. 4-8.



en el principio teológico de que todas las obras de Dios *ad extra* son comunes a las tres divinas Personas, y en la profundización de la verdad de fe de que uno y el mismo es el Dios Creador y Redentor, el Dios de quien todas las cosas proceden y el Dios que ha actuado y actúa en la historia.

La absoluta libertad de Dios al crear el mundo es destacada por Mons. Escrivá precisamente en el contexto de esta homilía que trata sobre la libertad humana. Intuímos ya, aunque lo veremos después más despacio, que justamente un rasgo esencial de la dignidad del hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, sea por tanto su libertad. Ahora queremos señalar únicamente que, en efecto, esa libertad absoluta de Dios al crear el mundo aparece fuertemente reflejada en el texto del primer capítulo del Génesis, tanto en la forma en que ahí se narra la creación, efecto inmediato de la Palabra de Dios —«Dios dijo... y así fue»— como en el hecho, destacable sobre todo en comparación con lo que cuentan antiguas cosmogonías, de que a Dios no se le opone ningún otro poder en la acción creadora³⁰.

En cuanto al amor de Dios al crear, que Mons. Escrivá ve indisolublemente unido a la libertad divina, señalemos solamente un rasgo que nos ofrece el mismo texto Gen 1,1-2. Ahí aparece Dios desde el primer momento velando amorosamente sobre el mundo, cuando éste todavía era una masa informe, descrita como «confusión y vacío», y «el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie del abismo»³¹.

Como venimos viendo, Mons. Escrivá contempla la creación —considerada como acto creador de Dios, o como su efecto que abarca todas las realidades existentes— desde la perspectiva de la fe cristiana. Desde esta nueva dimensión descubre la profundidad de la relación entre Dios y

30. Recordemos por ej. la cosmogonía babilónica que comienza con las palabras *Enuma Elis* (Cuando en lo alto) y narra la formación del universo a partir del cuerpo de la diosa Tihamat, tras la muerte de ésta en lucha con el dios Marduk. Aunque ciertamente, como es bien sabido, el relato bíblico puede evocar estos mitos, así por ej. en el uso del término *tehom* (abismo) parecido a Tihamat, se diferencia radicalmente de ellos precisamente por afirmar la unicidad de Dios y su poder absoluto.

31. El «espíritu» (*ruah* en hebreo) significa en este contexto «el soplo», «el aliento», y la acción sobre las aguas primordiales se describe con un verbo —*merabefet*— que indica propiamente la acción de las aves extendiendo las alas para cuidar de sus polluelos. Esta imagen se empleará en otros pasajes de la Biblia para indicar el amor de Dios hacia su pueblo (Cfr. Deut 32,11; Sal 17,8; Mt 23,37).

el mundo.³² Tres rasgos quisiéramos destacar en la enseñanza del fundador del Opus Dei sobre esta nueva relación.

El primero es la proclamación de Cristo, segunda Persona de la Santísima Trinidad, como «autor del universo y de cada una de sus criaturas»³³. Esta proclamación, que recoge directamente la enseñanza del Nuevo Testamento³⁴, viene a ser el fundamento de lo que aparece como uno de los temas predominantes a lo largo de las homilias: la exhortación a «poner a Cristo en la cumbre de todas las realidades terrenas».

El segundo rasgo es la posibilidad, y aún la exigencia, de ser «contemplativos en medio del mundo»: «Precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo»³⁵. Filiación divina, comprendida aquí desde la fe en Jesucristo, y contemplación de Dios a través de las cosas creadas se unen inseparablemente³⁶.

El tercero de estos rasgos es el profundo y vivo sentimiento de la providencia divina. Lo expresa así Mons. Escrivá en la homilía *Hacia la santidad*: «Con la claridad de Dios en el entendimiento, que parece inactivo, nos resulta indudable que, si el Creador cuida de todos, —incluso de sus enemigos— ¡cuanto más cuidará de sus amigos!»³⁷. El punto de partida, por tanto, de esa firme confianza en Dios lo constituye la enseñanza de Jesucristo cuando manda amar a los enemigos, como Dios que hace salir

32. Escribe así en la homilía *La esperanza del cristiano*: «La esperanza no me separa de las cosas de esta tierra, sino que me acerca a esas realidades de un modo nuevo, cristiano, que trata de descubrir en todo la relación de la naturaleza, caída, con Dios Creador y con Dios Redentor» (*Amigos de Dios* 208).

33. *Cristo Rey* en *Es Cristo que pasa* 179.

34. Cfr. Col 1,16: «En El (Cristo) fueron creadas todas las cosas en los cielos y en la tierra...»; Jn 1,3: «Por El fueron creadas todas las cosas, y sin El no se hizo nada de cuanto ha sido hecho».

35. *La conversión de los hijos de Dios* en *Es Cristo que pasa* 65

36. Se evoca aquí un sentimiento de admiración ante el mundo como creación de Dios, profundamente enraizado en la Sagrada Escritura (Cfr. por ej. Sal 8; 104; etc), y que aflora asimismo en el relato de la creación de Gen 1,1-2,4 al destacarse ahí, mediante el marco literario de una semana, el orden perfecto con que Dios lleva a cabo su obra: primero creando los elementos, después separándolos y creando los diversos espacios, y, finalmente adornando cada uno de estos con lo que contienen. A la admiración, sin embargo, en el texto citado de Mons. Escrivá se antepone el amor, recogiendo así el primer mandamiento de la Ley —«Amarás al Señor con todo tu corazón...» (Deut 6,5)— ratificado por Jesucristo (cfr. Mt 22,37 y par.).

37. *Amigos de Dios* 305.



el sol y derrama la lluvia sobre buenos y malos³⁸. Mons. Escrivá ve en las palabras del Evangelio la expresión más fuerte del cuidado que Dios, como Creador, tiene de todas sus criaturas³⁹; y, desde ahí, extrae las consecuencias.

3. *La bondad del mundo creado*

La proclamación de la bondad del mundo en que vivimos es un rasgo esencial en la predicación de Mons. Escrivá, y tiene como consecuencia la afirmación de que la mayoría de los cristianos debe dedicarse a este mundo, buscando la santidad en medio de las realidades terrenas. La bondad del mundo deriva directamente de lo que nos enseña la Sagrada Escritura, proclama expresamente Mons. Escrivá en la homilía *Amar al mundo apasionadamente*: «Lo he enseñado constantemente con palabras de la Escritura Santa: el mundo no es malo, porque ha salido de las manos de Dios, porque es criatura suya, porque Yahveh lo miró y vio que era bueno (cfr. Gen 1,7 y ss.). Somos los hombres los que lo hacemos malo y feo con nuestros pecados y nuestras infidelidades»⁴⁰. La frase bíblica, en efecto, «Y vio Dios que era bueno», aparece repetida como un estribillo al narrar Gen 1 la obra de la creación⁴¹. Las consecuencias de esta verdad son un tema fundamental a lo largo de toda la predicación del fundador del Opus Dei. Leemos por ej. en la homilía *Cristo Rey*: «Si el mundo y todo lo que hay en él —menos el pecado— es bueno, porque es obra de Dios Nuestro

38. Cfr. Mt 5,44-45.

39. También aquí está resonando la enseñanza bíblica, desde Gen 1,27-28 que presenta a Dios dando la hierba y los frutos de la tierra como alimento a animales y hombres, hasta los pasajes evangélicos sobre la providencia divina (Cfr. Mt 6,25-34); Lc 12,22-31) y el amor a los enemigos, como Dios que hace salir el sol y derrama la lluvia sobre buenos y malos (Cfr. Mt 5,44-45).

40. *Conversaciones...* 114.

41. Cfr. Gen 1,10.12.18.21.25.31. El último de estos textos no dice sencillamente «bueno», sino «muy bueno», sin duda porque incluye al hombre con el que culmina la obra de la creación y su bondad. Mons. Escrivá destaca constantemente la dignidad y la libertad humanas como puntos culminantes de la bondad de la creación. Lo podemos apreciar en el pasaje citado arriba y en este otro que ofrecemos a modo de ejemplo: Nuestra fe «nos lleva a ver el mundo como creación del Señor, a apreciar por tanto todo lo noble y todo lo bello, a reconocer la dignidad de cada persona, hecha a imagen de Dios, y a admirar ese don especialísimo de la libertad, por la que somos dueños de nuestros propios actos y podemos —con la gracia del Cielo— construir nuestro destino eterno» (*La muerte de Cristo, vida del cristiano en Es Cristo que pasa* 99).

Señor, el cristiano, luchando continuamente por evitar las ofensas a Dios —una lucha positiva de amor— ha de dedicarse a todo lo terreno, codo a codo con los demás ciudadanos; debe defender todos los bienes derivados de la dignidad de la persona»⁴². Aunque en éste y otros muchos pasajes de las homilias no aparece la referencia explícita al libro del Génesis, en todos ellos está resonando evidentemente la afirmación que allí se hace sobre la bondad del mundo creado.

El mundo sigue siendo bueno incluso tras el pecado —afirma con fuerza Mons. Escrivá—, porque ha sido redimido por Cristo: «Hemos de amar el mundo, el trabajo, las realidades humanas. Porque el mundo es bueno; fue el pecado de Adán el que rompió la divina armonía de lo creado; pero Dios Padre ha enviado a su Hijo unigénito para que restableciera la paz»⁴³. La ruptura de la armonía originaria tiene, en efecto, graves consecuencias en lo que concierne no sólo a la relación entre el hombre y Dios, sino también entre el hombre y el mundo, como describe el capítulo tercero de Génesis⁴⁴. Pero gracias a la redención de Cristo se ha abierto al hombre la posibilidad de percibir y recuperar aquella armonía originaria.

La tarea del cristiano en el mundo, tiene como objetivo, predicará el fundador del Opus Dei glosando a S. Pablo, «liberar a la creación del desorden, reconciliar todas las cosas con Dios»⁴⁵. Es, por tanto, a la luz y bajo la acción de la gracia derivada de la acción redentora de Cristo, como el cristiano percibe en profundidad la bondad de las cosas creadas, que se deriva no sólo de su origen —Dios Creador—, sino del destino al que

42. *Es Cristo que pasa* 184.

43. *Cristo presente en los cristianos* en *Es Cristo que pasa* 112.

44. Cfr. Gen 3,17-19. Sobre la comprensión que tiene Mons. Escrivá de este pasaje del Génesis volveremos más adelante al tratar de la dignidad humana y del trabajo. Baste señalar ahora la equívocidad con que las cosas de este mundo aparecen ante el hombre, hasta el punto de que éste corre el riesgo de tomarlas como dioses. Uno de los rasgos más notables de Gen 1,1-2,4 es precisamente revelar la unicidad de Dios, el monoteísmo, situando las realidades mundanas —entre ellas de manera especial los astros, dado el contexto cultural y religioso en que se escribe— en su verdadera dimensión de criaturas que cumplen la función que el Señor les ha señalado (cfr. Gen 1,14-19). Actualizando esta enseñanza Mons. Escrivá precisa en la homilía *En la Epifanía del Señor*: «Los bienes de la tierra no son malos, se pervierten cuando el hombre los erige en ídolos y, ante ellos, se postra; se ennoblecen cuando los convertimos en instrumentos para el bien, en una tarea cristiana de justicia y caridad. No podemos ir detrás de los bienes económicos, como quien va en busca de un tesoro; nuestro tesoro está aquí, reclinado en un pesebre» (*Es Cristo que pasa* 35).

45. *Cristo presente en los cristianos* en *Es Cristo que pasa* 112.



han sido reconducidas mediante Jesucristo. La actitud auténticamente cristiana ante el mundo no puede ser otra que amarlo apasionadamente⁴⁶, y poner todo su empeño en reconducirlo hacia Cristo, ya que «Cristo Nuestro Señor sigue empeñado en esta siembra de salvación de los hombres y de la creación entera, de este mundo nuestro, que es bueno, porque salió bueno de las manos de Dios»⁴⁷. Esto conlleva, precisará aún más Mons. Escrivá, poner las realidades creadas al servicio de la justicia, de la verdad y del bien⁴⁸.

4. *El hombre creado a imagen y semejanza de Dios (Gen 1,26)*

Como ya señalábamos antes, éste es el pasaje del Génesis más citado por Mons. Escrivá a lo largo de las homilías⁴⁹. Más que transcribir el texto bíblico en su literalidad —«Hagamos al hombre a nuestra imagen, según nuestra semejanza»—, en la predicación del Beato Escrivá de Balaguer queda recogido su contenido esencial cuando habla del hombre «hecho a imagen y semejanza de Dios». Ambos términos —imagen y semejanza— aparecen siempre unidos, como complementándose, para expresar, de forma acorde con el lenguaje de la Revelación, la dignidad del hombre tal como ha sido creado por Dios⁵⁰. Mons. Escrivá hace constantemente hincapié

46. Cfr. especialmente la homilía que lleva ese mismo título: *Amar el mundo apasionadamente*, en *Conversaciones...*, 113 ss.

47. *Cristo Rey en Es Cristo que pasa* 183.

48. Glosando la parábola evangélica del hombre que sembró buena semilla en su campo, pero el enemigo esparció cizaña (cfr. Mt 13,24-25), comenta: «Nosotros los cristianos que debíamos estar vigilantes, para que las cosas buenas puestas por el Creador en el mundo se desarrollaran al servicio de la verdad y del bien, nos hemos dormido —¡triste pereza, ese sueño!— mientras el enemigo y todos los que le sirven se movían sin cesar» (*La Ascensión del Señor en Es Cristo que pasa* 123.

49. Cfr. nota 10.

50. En el lenguaje bíblico, el término *shelem* (imagen) significa normalmente el parecido físico entre dos personas, mientras que *demut* (semejanza) tiene un significado más amplio y en Gen 1,26 parece que viene a atenuar la igualdad que pudiera sugerir el anterior. Ambos términos juntos en Gen 1,26 significan que el hombre es parecido, pero no igual a Dios. En la interpretación de estos términos algunos Santos Padres, como S. Agustín, distinguieron entre «imagen», que significaría que el hombre está dotado de cualidades espirituales, y «semejanza» que indicaría la gracia, la elevación del hombre al orden sobrenatural (Cfr. C. A LAPIDE, *Commentaria in Scripturam Sacram* I, Paris 1874, pp. 70-71). Esta interpretación no se deriva directamente del texto bíblico en el que ambos términos son complementarios, y expresan en conjunto la dignidad del hombre, capaz de dominar la tierra y de ser el interlocutor de Dios. Mons. Escrivá no acude en ningún momento a esa diferenciación de significado hecha a veces por la exégesis patrística; pero evidentemente



en esa dignidad del hombre, según su naturaleza, y ve ahí el fundamento en el que se apoya y se desarrolla la llamada divina al seguimiento de Cristo, *perfectus Deus, perfectus homo*. Este aspecto de la predicación del fundador del Opus Dei se pone especialmente de relieve en la homilía *Virtutes humanas*, donde insiste en que «las virtudes humanas son el fundamento de las sobrenaturales»⁵¹, porque «Cristo trae la salvación, no la destrucción de la naturaleza»⁵². En las homilías, los aspectos más relevantes de la dignidad del hombre reflejada en los términos «imagen y semejanza» son, a nuestro juicio, los que exponemos a continuación.

a) *Inteligencia y libertad*

Mons. Escrivá contempla el valor radical de la naturaleza y persona humanas en el contexto de la creación. Frente a todo lo que Gen 1 presenta como creado por Dios con anterioridad al hombre —resumido en lenguaje sencillo como los reinos mineral, vegetal y animal—, el hombre constituye un «reino aparte», «porque la criatura racional posee una inteligencia admirable, chispazo de la Sabiduría divina, que le permite razonar por su cuenta; y esa estupenda libertad, por la que puede aceptar o rechazar una cosa u otra, a su arbitrio»⁵³. Estas palabras vienen a ser un comentario, si bien ocasional e indirecto, al capítulo primero del Génesis. El autor de las homilías pondrá especial énfasis, junto a la inteligencia, en la libertad, como un rasgo esencial del hombre creado a imagen y semejanza de Dios, porque la libertad constituye —afirmará constantemente aludiendo de manera implícita al primer capítulo del Génesis— el fundamento de la relación personal del hombre con Dios: «Dios no quiere esclavos, sino hijos, y respeta nuestra libertad»⁵⁴.

ve incluida en dichos términos la elevación al orden de la gracia, como se desprende del siguiente texto: «La Trinidad Beatísima se ha enamorado del hombre, elevado al orden de la gracia y hecho a su *imagen y semejanza* (Gen 1,26)» (*La Eucaristía, Misterio de fe y amor en Es Cristo que pasa* 84).

51. *Amigos de Dios* 75. «Las virtudes humanas, instinto, son el fundamento de las sobrenaturales (...) Si el cristiano lucha por adquirir estas virtudes, su alma se dispone a recibir eficazmente la gracia de Cristo» (*Ibidem* 91).

52. *Ibidem* 73.

53. *Porque verán a Dios en Amigos de Dios* 179.

54. *El Gran desconocido en Es Cristo que pasa* 129. En la exégesis bíblica se pone de relieve que la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios conlleva precisamente, entre otras cosas, hacerle capaz de un diálogo personal con él. En efecto, en la bendición que sigue inmediatamente después de narrar la creación del hombre, Dios habla a éste de forma personal «los bendijo y les dijo» (Gen 1,28), mien-



El puesto central que ocupa el tema de la libertad en la predicación de Mons. Escrivá se puede advertir a simple vista en el hecho de que aparece expresamente en el título de dos de sus homilías: *La libertad, don de Dios*⁵⁵ y *El respeto cristiano a la persona y a su libertad*⁵⁶. Veamos un pasaje de la primera de ellas que constituye asimismo un apretado comentario del primer capítulo del Génesis: «Con agradecimiento, porque percibimos la felicidad a la que estamos llamados, hemos aprendido que las criaturas todas han sido sacadas de la nada por Dios y para Dios: las racionales, los hombres, aunque con tanta frecuencia perdamos la razón; y las irracionales, las que corretean por la superficie de la tierra, o habitan en las entrañas del mundo, o cruzan el azul del cielo, algunas hasta mirar de hito en hito al sol. Pero en medio de esta maravillosa variedad, sólo nosotros, los hombres —no hablo aquí de los ángeles— nos unimos al Creador por el ejercicio de nuestra libertad: podemos rendir o negar al Señor la gloria que le corresponde como Autor de todo lo que existe»⁵⁷.

b) *Capacidad de amar*

Junto a la inteligencia y la libertad, en la predicación de Mons. Escrivá encontramos constantemente afirmado otro aspecto que refleja la grandeza de la dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios: la capacidad de amar inscrita en la propia naturaleza humana⁵⁸. Todo hombre, en cada generación, está llamado a descubrir y vivir esa relación personal de amor con Dios, que se deriva de haber sido creado por El a su imagen y semejanza. «La familia humana se renueva constantemente —leemos en una homilía pronunciada en la Ascensión del Señor—; en cada generación es preciso continuar con el empeño de ayudar a descubrir al hombre la grandeza de su vocación de hijo de Dios, es necesario inculcar el mandato de amor al Creador y a nuestro prójimo»⁵⁹.

La llamada universal a la santidad —sin duda el rasgo más notable en la predicación del fundador del Opus Dei—, cuya esencia consiste en amar

tras que al bendecir a los animales se emplea la forma impersonal «los bendijo diciendo» (Gen 1,22).

55. *Amigos de Dios* 23-38.

56. *Es Cristo que pasa* 67-72.

57. *Amigos de Dios* 24.

58. Así leemos por ej. en la homilía *La grandeza de la vida corriente*: «El principal requisito que se nos pide —bien conforme a nuestra naturaleza— consiste en amar: 'la caridad es el vínculo de la perfección' (Col III,4)» (*Amigos de Dios* 6).

59. *Es Cristo que pasa* 121.

a Dios y al prójimo, se apoya precisamente en esa capacidad de amar que todo hombre ha recibido del Creador. Ciertamente Mons. Escrivá percibe la universalidad de esa llamada a través del Evangelio, y la proclama como fruto de la Redención de Cristo; pero la ve fundamentada ya en la misma dignidad con la que el hombre ha sido creado por Dios⁶⁰. Dios, por tanto, espera el amor de todos los hombres, y así lo pide en el primero de los mandamientos⁶¹.

En Gen 1,27 la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios va unida a que Dios creó al ser humano varón y mujer: «Y creó Dios al hombre a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y mujer los creó». En la homilía *El matrimonio, vocación cristiana*, encontramos un párrafo que aclara perfectamente la profunda relación entre el ser del hombre imagen y semejanza de Dios, y el haber sido creado varón y mujer. Dice así: «Nos ha dado el Creador la inteligencia, que es como un chispazo del entendimiento divino, que nos permite —con la libre voluntad, otro don de Dios— conocer y amar; y ha puesto en nuestro cuerpo la posibilidad de engendrar, que es como una participación de su poder creador. Dios ha querido servirse del amor conyugal, para traer nuevas criaturas al mundo y aumentar el cuerpo de su Iglesia. El sexo no es una realidad vergonzosa, sino una dádiva divina que se ordena limpiamente a la vida, al amor, a la fecundidad»⁶².

A la luz de estas palabras se comprende que, en efecto, el hombre es imagen y semejanza de Dios, por una parte, porque participa de su poder creador mediante la facultad generativa fundamentada en la diferenciación sexual; y, por otra, porque el amor conyugal, del que Dios mismo quiere servirse para traer al mundo nuevas criaturas, es reflejo del amor por el que Dios ha creado el mundo y al hombre.

c) *Hijos de Dios*

La profunda relación que para Mons. Escrivá existe entre las palabras del Génesis —a imagen y semejanza de Dios— y la condición del hombre

60. «Es necesario repetir una y otra vez que Jesús no se dirigió a un grupo de privilegiados, sino que vino a revelarnos el amor universal de Dios. Todos los hombres son amados de Dios, de ellos espera amor. De todos, cualquiera que sean sus condiciones personales, su posición social, su profesión u oficio» (*Cristo presente en los cristianos en Es Cristo que pasa* 110). Cfr. también nota 56.

61. Cfr. Deut 6,5; Mt 22,37 y par.

62. *Es Cristo que pasa* 24.



como hijo de Dios podemos descubrirla en un pasaje de la homilía *Desprendimiento* en la que exhorta a confiar en la providencia divina y a «caminar con optimismo por esta tierra»⁶³. Leeemos en ese mismo número: «Creedme que sólo así nos conduciremos como señores de la creación (cfr. *Gen* 1,26-31), y evitaremos la triste esclavitud en que caen tantos, porque olvidan su condición de hijos de Dios, afanados por un mañana o un después que quizá ni siquiera verán». Reflexionando sobre este texto podemos observar el autor pone el señorío sobre la creación —reflejo ciertamente de haber sido creado el hombre a imagen y semejanza de Dios— en correlación con la condición de hijos de Dios, y deja entrever que, precisamente en esa condición de hijos, culmina la imagen y semejanza de Dios en el hombre.

En efecto, Mons. Escrivá establece aquí una contraposición entre la conciencia de la condición de hijos de Dios —equivalente a ejercer el señorío sobre la creación—, y la esclavitud a las cosas creadas precisamente por la pérdida de dicha conciencia. Podemos decir, por tanto, que para el fundador del Opus Dei, el que el hombre sea imagen y semejanza de Dios implica ya que es hijo de Dios⁶⁴. De ahí que afirme rotundamente que «todos los hombres son hijos de Dios»⁶⁵, y que proponga, como la primera exigencia de la caridad cristiana, «respetar y comprender a cada individuo en cuanto tal, en su intrínseca dignidad de hombre y de hijo del Creador»⁶⁶.

63. *Amigos de Dios* 116. En la Sagrada Escritura el proyecto divino de crear al hombre a su imagen y semejanza va unido directamente al dominio que Dios le va a otorgar sobre los animales y la tierra entera (Cfr. *Gen* 1,26.28). Es, por tanto, en el señorío sobre la Creación donde se manifiesta, frente al mundo, la dignidad del hombre creado a imagen y semejanza de Dios. Mons. Escrivá cita expresamente dos veces este pasaje alusivo al dominio del hombre sobre la tierra: una, incluyendo directamente el texto de *Gen* 1,28 en el discurso de la homilía *En el taller de José* (Cfr. *Es Cristo que pasa* 47), a propósito del trabajo —sobre ello trataremos más adelante—; otra, refiriendo en nota a pie de página el conjunto de *Gen* 1,26-31 en la homilía de la que ahora nos ocupamos.

64. Tengamos en cuenta que las mismas palabras «semejanza» e «imagen» —aunque en orden inverso a como aparecen en *Gen* 1,26— se aplican precisamente para describir la relación entre Adán y Set: «Tenía Adán ciento treinta años cuando engendró un hijo a su semejanza, según su imagen» (*Gen* 5,3). Esto quiere decir por una parte que existe una cierta analogía entre la relación de paternidad de Adán con respecto a Set, y la de Dios con respecto al hombre que ha creado; y, por otra, que la imagen y semejanza de Dios en el hombre se mantiene en cada hombre que nace en este mundo; no se pierde, por tanto, a raíz del pecado de Adán.

65. *La conversión de los hijos de Dios* en *Es Cristo que pasa* 64.

66. *El respeto cristiano a la persona y a su libertad* en *Es Cristo que pasa* 72. Ningún hombre por tanto, afirmará en otro contexto, puede ser instrumentalizado,



A tal comprensión de las palabras del Génesis se llega sin duda desde el Nuevo Testamento, es decir, desde la fe en Jesucristo, como se desprende de las siguientes palabras de Mons. Escrivá: «Esta es la gran osadía de la fe cristiana: proclamar el valor y la dignidad de la humana naturaleza, y afirmar que, mediante la gracia que nos eleva al orden sobrenatural, hemos sido creados para alcanzar la dignidad de hijos de Dios. Osadía ciertamente increíble, si no estuviera basada en el decreto salvador de Dios Padre, y no hubiera sido confirmada por la sangre de Cristo y reafirmada y hecha posible por la acción constante del Espíritu Santo»⁶⁷.

d) *Otros aspectos de la dignidad humana*

A lo largo de las homilias aparecen resaltados asimismo otros aspectos de la dignidad del hombre, que Mons. Escrivá ve reflejados, de un modo u otro, en la imagen y semejanza de Dios de la que habla el Génesis. Señalemos algunos, aunque sea de manera concisa y más bien orientativa:

— La afirmación de la igualdad de todos los hombres en su dignidad esencial de hijos de Dios⁶⁸. En el texto bíblico está claramente reflejada, ya que el capítulo primero del Génesis se refiere al hombre como tal, es decir a toda la humanidad⁶⁹, más allá y con anterioridad a la elección divina del pueblo de Israel, que comienza a narrarse en Gen 12,1.

— La irrepetible singularidad y personalidad de cada hombre⁷⁰. Aunque no se refleja expresamente en el texto de Gen 1 sí se desprende del carácter personal con que se describe la bendición de Dios⁷¹.

convertido en número o eslabón: «Piensa en los demás —antes que nada, en los que están a tu lado— como en lo que son: hijos de Dios, con toda la dignidad de ese título maravilloso» (*En la Epifanía del Señor en Es Cristo que pasa* 36).

67. *El Gran desconocido en Es Cristo que pasa* 133.

68. Baste citar, entre los numerosísimos pasajes de la homilias que reflejan esta idea, uno entresacado de *Desprendimiento*: «Delante de Dios, todos somos iguales, todos hijos de Adán y Eva (...). Desde que Cristo nos ha redimido no hay diferencia de razas, ni de lengua (...) somos todos hijos de Dios» (*Amigos de Dios* 123).

69. De hecho, el nombre mismo de *adam* en Gen 1,26-27 tiene sentido colectivo, incluyendo por igual al varón (en hebreo *zakar*) y a la mujer (en hebreo *negebah*). Más adelante, cuando la mujer recibe el nombre de Eva (cfr. Gen 3,20), Adán comienza a ser nombre de un individuo personal.

70. «Ninguno de nosotros —leemos en la homilias *Para que todos se salven*— es un ejemplar repetido: Nuestro Padre nos ha creado uno a uno, repartiendo entre sus hijos un número diverso de bienes» (*Amigos de Dios* 258).

71. Cfr. nota 54. Esa singularidad aparecerá con más claridad a partir de Gen 2,23 donde la mujer recibe nombre. Se le llama *'issah* en correlación a *'ish* que es el varón.



— La unidad del género humano fundada en la conciencia, y en el hecho, de la fraternidad entre todos los hombres⁷². En el texto bíblico se desprende como conclusión natural de haber sido todos creados por el mismo y único Dios⁷³.

— El destino universal de los bienes de la tierra⁷⁴. Esta verdad se afirma claramente en Gen 1,28-29 al otorgar Dios el dominio de la tierra a todos los hombres, comprendidos en los primeros creados —sin distinguir tampoco en ello entre varón y mujer—, y darles para siempre lo que hay en ella como alimento.

e) *La incidencia del pecado*

En la presentación que Mons. Escrivá hace de la dignidad del hombre, profundizando en los pasajes del libro del Génesis y actualizando su enseñanza a la luz de la fe cristiana, no queda olvidada en modo alguno la realidad del pecado y sus efectos. En las homilías no encontramos una explicación directa y detallada del capítulo 3 de Génesis donde se narra la caída de nuestros primeros padres. Sin embargo, se cita expresamente dos veces ese lugar de la Sagrada Escritura⁷⁵, y al hilo de estas referencias podemos decir que Mons. Escrivá entiende el pecado original como un pecado de soberbia del hombre frente a Dios⁷⁶.

72. A título de ejemplo transcribimos de la homilía *En la fiesta del Corpus Christi*: «El hambre de justicia debe conducirnos a la fuente originaria de la concordia entre los hombres: el ser y saberse hijos del Padre, hermanos» (*Es Cristo que pasa* 157).

73. Aunque desde este pasaje bíblico no puede afirmarse apodicticamente el monogenismo —al hagiógrafo no se planteaba el origen de la humanidad con los puntos de vista actuales— es evidente que para él y su cultura todos los hombres proceden de Adán y Eva como primera pareja. La doctrina del monogenismo, afirmada por Pío XII en la Encíclica *Humani Generis*, se apoya concretamente en que no se ve como conciliar la doctrina contraria con la realidad del pecado original. La ciencia, por otra parte, no llega a resultados seguros en esta cuestión, aunque dispone de fuertes argumentos en favor de la procedencia de un tronco común.

74. Ante la flagrante situación de injusticia personal y social escribe Mons. Escrivá: «Los bienes de la tierra, repartidos entre unos pocos; los bienes de la cultura encerrados en cenáculos. Y, fuera, hambre de pan y de sabiduría. Vidas humanas que son santas, porque vienen de Dios, tratadas como simples cosas, como números de una estadística» (*Cristo presente en los cristianos* en *Es Cristo que pasa* 111).

75. Cfr. nota 10.

76. Escribe así en la homilía titulada *Humildad*: «La soberbia llega a seguir, quizá en las cuestiones más menudas, la insinuación de Satanás presentó a nuestros primeros padres: *se abrirán vuestros ojos y seréis como Dios, conocedores del bien y el mal* (Gen III,5). Se lee también en la Sagrada Escritura que *el principio de la soberbia*



En los dos contextos en que Gen 3,5 aparece citado en las homilías, Mons. Escrivá centra la atención en la situación actual del hombre que, redimido por Cristo, sigue experimentado sin embargo la tentación, de modo similar a como la experimentó Adán en el principio. El pecado incide en lo más noble del hombre: en su inteligencia, libertad y capacidad de amar, como se pone de relieve en el siguiente texto: «los ojos del alma se embotan; la razón se cree autosuficiente para entender todo, prescindiendo de Dios. Es una tentación sutil, que se ampara en la dignidad de la inteligencia, que nuestro Padre Dios ha dado al hombre para que lo conozca y lo ame libremente. Arrastrada por esa tentación, la inteligencia humana se considera el centro del universo, se entusiasma de nuevo con el *seréis como dioses* (Gen III,5) y, al llenarse de amor por sí misma, vuelve la espalda al amor de Dios»⁷⁷.

4. *Dominad la tierra* (Gen 1,28)

Del pasaje de Gen 1,26-28, citado a pie de página por Mons. Escrivá para fundamentar bíblicamente el señorío del hombre sobre la creación⁷⁸, hemos de destacar el versículo 28, cuyo texto literal es incluido en la homilía *En el taller de José*. Esta homilía constituye un lugar ya clásico en la enseñanza del fundador del Opus Dei sobre el valor humano y cristiano del trabajo. Los nn. 47-48 ofrecen lo que podemos considerar líneas fundamentales de una teología bíblica del trabajo: contempla primero el origen y características de esa realidad humana a partir de los pasajes del Génesis; muestra luego cómo ha sido asumida y redimida por Cristo en los años ocultos de Nazaret; y la presenta, finalmente, como camino de santificación en la vida ordinaria del cristiano, al hilo de las cartas de S. Pablo. Nos fijaremos aquí especialmente en el primero de estos puntos.

Mons. Escrivá es consciente de la situación actual del hombre, en la que el trabajo conlleva el cansancio y la fatiga, «manifestaciones del dolor y de la lucha que forman parte de nuestra existencia humana actual y que son signos de la realidad del pecado y de la necesidad de la redención»⁷⁹.

es apartarse de Dios (Eccló X,14)». Nos fijaremos únicamente en esos dos pasajes de las homilías en que aparece citado Gen 3,5, por cuanto que nos ayudan más directamente a comprender el sentido del relato bíblico.

77. *Vocación cristiana en Es Cristo que pasa* 6.

78. Cfr. nota 63.

79. *Es Cristo que pasa* 47.



En los tres primeros capítulos del Génesis, la divina Revelación nos enseña la grandeza y dignidad del hombre creado por Dios, y, al mismo tiempo, los males, fruto del pecado, que envuelven su existencia diaria; nos dibujan al hombre histórico, ofreciendo a la vez, en un lenguaje cargado de simbolismo, la verdadera explicación de por qué es tal la condición humana. Pues bien, es a la luz del conjunto de los tres primeros capítulos del Génesis como el fundador del Opus Dei afirma con rotundidad que «el trabajo no es una pena, ni una maldición o un castigo: quienes hablan así no han leído bien la Sagrada Escritura»⁸⁰. El trabajo pertenece a los dones que Dios otorgó al hombre al crearlo a su imagen y semejanza, y no a las consecuencias o al castigo del pecado de origen, aunque ciertamente esté marcado por éste⁸¹.

En la homilía *En el taller de José*, la realidad del trabajo se ve derivada directamente de Gen 1,28, al decir Dios al varón y la mujer tras crearlos: «Creced y multiplicaos y henchid la tierra y sojuzgadla, y dominad en los peces del mar y en las aves del cielo, y en todo animal que se mueve sobre la tierra». Y, como glosando este pasaje bíblico, aunque en el discurso de la homilía venga introducido un poco más adelante, afirma Mons. Escrivá: «El trabajo, todo trabajo, es testimonio de la dignidad del hombre, de su dominio sobre la creación. Es ocasión de desarrollo de la propia personalidad. Es vínculo de unión con los demás seres, fuente de recurso para sostener a la propia familia; y medio de contribuir a la mejora de la sociedad, en la que se vive, y al progreso de toda la Humanidad»⁸². Mons. Escrivá une al aspecto del trabajo como realización personal del hombre hecho a imagen y semejanza de Dios, otros aspectos de alcance familiar y social implicados también en la realidad del trabajo. La unión de dichos

80. *Ibidem*. Esta afirmación, como puede verse en los textos citados a continuación, la encontramos repetidamente a lo largo de las homilías, y constituye el punto de partida para una valoración del trabajo según la Biblia.

81. En la Enc. *Rerum Novarum* León XII resaltaba el aspecto de necesidad que conlleva el trabajo para ganar el sustento, apoyándose en Gen 3,17.19; y, aunque ya a partir de Pío IX se ve expresamente el trabajo como realidad previa al pecado, no es hasta el Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes* 34) cuando se cita directamente Gen 1,26-27 referido a la actividad humana. Esta orientación la desarrolla Juan Pablo II en *Laborem exercens* 4 y 9, deteniéndose en la explicación de Gen 1,28 para fundamentar una teología del trabajo (cfr. G. ARANDA, *Génesis 1,26-28 en la doctrina social de la Iglesia*, en *Doctrina social de la Iglesia y realidad socioeconómica (XII Simposio Internacional de Teología)* Pamplona 1991, pp. 293-305. Mons. Escrivá apela sencillamente a una lectura correcta de la Biblia y cita ya expresamente Gen 1,28.

82. *Es Cristo que pasa* 47.



aspectos está asimismo enraizada en el texto bíblico, ya que en la misma bendición de Dios de Gen 1,28 aparecen unidos la multiplicación del hombre sobre la tierra y el dominio de ésta. Esa bendición presupone, en efecto, que el hombre no ha sido creado en solitario, sino como varón y mujer (cfr. Gen 1,27) orientados a la procreación mediante la institución del matrimonio que, sin duda, subyace en la mente del hagiógrafo⁸³. El dominio de la tierra, por tanto, tampoco lo realiza el ser humano en solitario, como medio para su desarrollo personal y satisfacción de sus necesidades, sino que se integra en esa dimensión social con la que ha sido creado, y que abarca tanto la realidad familiar, ámbito de la procreación, como el conjunto de las relaciones humanas basadas en torno al trabajo. El trabajo que realiza cada hombre, personalmente, le une a los demás hombres, y se orienta al bien de su familia y de toda la sociedad⁸⁴.

Pero Mons. Escrivá contempla al mismo tiempo el trabajo desde la perspectiva de la fe, que ilumina aspectos más profundos que los señalados hasta ahora, y descubre en él una significación sobrenatural. Desde la fe se comprende el trabajo como «participación en la obra creadora de Dios»⁸⁵, pues fue Dios quien dio al hombre el encargo de dominar la tierra, según el mismo texto de Gen 1,28. Tal participación no puede entenderse en el sentido de completar algo que hubiese quedado incompleto, o perfeccionar algo que Dios hubiese creado imperfecto, ya que el mismo texto bíblico se opone a tal interpretación al decir que «vio Dios que todo era muy bueno» (Gen 1,31). La participación consiste en someter la creación entera al servicio del hombre, secundando así el fin para el que Dios la destinó⁸⁶.

83. Entre otras razones, porque es la forma de procreación que el autor sagrado conoce. Pero también porque tal institución viene expresamente enseñada en Gen 2,23-24 como teniendo su origen en el acto creador de Dios. Tal enseñanza por tanto subyace en Gen 1,27, que, por pertenecer a una tradición más reciente, la llamada tradición Sacerdotal, recoge los aspectos esenciales del texto anterior de tradición Yahwista.

84. «No hemos de olvidar —escribe en otra homilía Mons. Escrivá— que Dios creó al hombre *ut operaretur* (Gen II,15), para que trabajara, y los demás —nuestra familia y nación, la humanidad entera— dependen también de la eficacia de nuestra labor» (*Vivir cara a Dios y cara a los hombres en Amigos de Dios* 170).

85. *Es Cristo que pasa* 47.

86. Esta finalidad de las cosas creadas aparece tanto en Gen 1,26-31, donde la creación del hombre es presentada como la culminación de las acciones creadoras de Dios; como en Gen 2,6 donde se lee que el hombre fue la primera criatura de Dios sobre la tierra y para él creó Dios las plantas y los animales.



En otras homilías, Mons. Escrivá fundamenta esa misma enseñanza acerca del trabajo como colaboración en la obra creadora de Dios en el texto de Gen 2,15, donde se dice que Dios puso al hombre en el paraíso⁸⁷ para que lo trabajase y lo cuidase. El fundador del Opus Dei llama la atención sobre el hecho de que el relato bíblico sitúa este encargo divino con anterioridad a la caída. Leemos en la homilía *Virtudes humanas*: «Porque el trabajo —lo vengo predicando desde 1928— no es una maldición, ni un castigo del pecado. El Génesis habla de esa realidad, antes de que Adán se hubiera rebelado contra Dios (cfr. *Gen* II,15). En los planes del Señor, el hombre habría de trabajar siempre, cooperando así en la inmensa tarea de la creación»⁸⁸. Las palabras *ut operaretur et custodiret illum*, que en el texto bíblico se refieren al jardín de Edén, Mons. Escrivá las hace extensivas al mundo creado por Dios y entregado al hombre⁸⁹. Así se ha de entender, en efecto, dado el carácter simbólico del paraíso, y dado que el texto de Gen 1,28, recogiendo en un lenguaje más teológico lo enseñado en Gen 2,15, presenta como mandato divino el encargo de dominar la tierra⁹⁰. Este encargo, dirigido por Dios al hombre y la mujer en Gen 1,28 se prolonga a todos los hombres, al trabajo de toda la humanidad, y se concreta en la vocación profesional de cada uno. Tal es la relevancia que adquiere el trabajo profesional en la predicación del Beato Josemaría Escrivá, como parte integrante de la llamada divina dirigida, de un modo u otro, a todo hombre.

87. Literalmente la Biblia dice ahí «en el jardín de Edén» (*began-eden*), como si Edén fuese el nombre del jardín. Antes, sin embargo, en Gen 2,8.10 Edén parece connotar un lugar geográfico más amplio, y quizá distinto del jardín como tal. El jardín tiene un valor simbólico, significa la armonía, felicidad e intimidad con Dios para la que fue creado el hombre; no un lugar geográfico determinado.

88. *Amigos de Dios* 81.

89. Leemos en la homilía *Trabajo de Dios*: «Desde el comienzo de su creación, el hombre —no me lo invento yo— ha tenido que trabajar. Basta abrir la Sagrada Biblia por las primeras páginas, y allí se lee que —antes de que entrara el pecado en la humanidad y, como consecuencia de esa ofensa, la muerte y las penalidades y miserias (cfr. *Rom* V,12)— Dios formó a Adán con el barro de la tierra, y creó para él y su descendencia este mundo tan hermoso, *ut operaretur et custodiret illum* (*Gen* II,15), con el fin de que lo trabajara y lo custodiase» (*Amigos de Dios* 57).

90. En la perspectiva de Gen 1,28 —que pertenece a la tradición Sacerdotal—, la tarea del hombre desde el principio no aparece ligada a trabajar y guardar el jardín de Edén, sino el dominio de toda la tierra, dándonos así a entender que el sentido de aquel jardín no se ha de comprender en categorías geográficas o cronológicas, sino antropológicas y teológicas, es decir, como expresión de una relación de amistad y comunión con Dios.



El trabajo constituye, de esa forma, un camino para el reconocimiento de Dios, al mismo nivel que la naturaleza creada: «Reconocemos a Dios —escribe Mons. Escrivá en la homilía *En el taller de José*— no sólo en el espectáculo de la naturaleza, sino también en la experiencia de nuestra propia labor, de nuestro esfuerzo. El trabajo es así oración, acción de gracias, porque nos sabemos colocados por Dios en la tierra, amados por El, herederos de sus promesas. Es justo que se nos diga: *ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios (1 Cor X,31)*»⁹¹. Tal consideración del trabajo como ámbito de reconocimiento y encuentro con Dios viene a poner de manifiesto algo que está subyacente en el primer capítulo del Génesis: que el hombre, en la experiencia histórica de su dominio sobre la tierra, percibe que tal capacidad le viene como un don que procede de Dios. Desde esta perspectiva narra el autor inspirado en Gen 1,28 la creación del hombre a imagen y semejanza de Dios⁹².

La predicación de Mons. Escrivá sobre el trabajo como realidad santificable y santificadora, se apoya directamente en la Revelación del Nuevo Testamento, especialmente en la vida del Señor y en las enseñanzas de San Pablo. Desde ahí proclama con fuerza que el cristiano ha sido creado por Dios, como todos los demás hombres, y recibe el mandato divino de dominar la tierra; pero sabe además que el trabajo ha sido asumido y redimido por Jesucristo, y convertido en medio de santificación: «Os ha invitado (el Señor) a que continuéis en las actividades y en las ansiedades de la tierra, porque os ha hecho saber que vuestra vocación humana, vuestra profesión, vuestras cualidades, no sólo no son ajenas a los designios divinos, sino que El las ha santificado como ofrenda gratísima al Padre»⁹³.

5. Conclusión

Tras este recorrido por las homilías de Mons. Escrivá al hilo de la referencias explícitas o implícitas a los tres primeros capítulos del Génesis,

91. *Es Cristo que pasa* 48.

92. Por otra parte, la conclusión del primer relato de la creación diciendo que «Dios descansó el séptimo día de todo el trabajo que había hecho» (Gen 2,2-3) está expresando asimismo la experiencia humana del trabajo, aplicada a Dios en lenguaje antropomórfico. En la intencionalidad de la presentación de la creación en seis días —descansando Dios el séptimo— entra el recalcar la Ley del descanso sabático que, proyectado a la acción creadora de Dios, manifiesta, entre otras cosas, que el hombre en su ritmo de trabajo y descanso participa en cierto modo de la misma acción creadora. Al «cesar» Dios en su actividad (Gen 2,1) da paso a la actividad del hombre.

93. *El triunfo de Cristo en la humildad* en *Es Cristo que pasa* 20.



podemos observar en primer lugar que, en general, recoge la enseñanza de esta parte de la Biblia según ha sido comprendida por la doctrina de la Iglesia, es decir, como testimonio inspirado por Dios de verdades fundamentales de la fe cristiana: la creación del mundo y del hombre por Dios, y el pecado original, del que Cristo nos ha redimido. Pero en la predicación del fundador del Opus Dei cobran especial relieve algunos temas que no se destacaban así anteriormente, entre ellos: la llamada del hombre, de todo hombre, a la comunión con Dios mediante su inteligencia, libertad y capacidad de amar; y la comprensión del trabajo como parte integrante de la tarea que Dios encomienda al hombre en el mundo, y no como resultado del pecado.

Por otra parte, Mons. Escrivá se fija especialmente en algunos versículos de esa parte de la Biblia, aduciéndolos según su sentido más obvio, el que llamaríamos sentido literal, que corresponde al aceptado comúnmente por la Tradición de la Iglesia. No necesita recurrir a un significado simbólico de esas frases, puesto que su sentido evidente cuadra con perfección en el conjunto de su doctrina que, como hemos visto, viene fundamentada desde la Revelación del Nuevo Testamento y la enseñanza del Magisterio. El rasgo que más destaca, a nuestro juicio, en el recurso que en las homilías se hace a esos tres primeros capítulos del Génesis, es que su enseñanza se contempla sobre todo como algo que afecta directa y personalmente al hombre de hoy, que le descubre las dimensiones divinas de su propia existencia. Así queda actualizado, mediante la fe cristiana y el ejemplo de una vida santa⁹⁴, el texto inspirado que cuenta lo que sucedió en el principio.

Gonzalo Aranda Pérez
Facultad de Teología
Universidad de Navarra
PAMPLONA

94. Sobre el modo en que Mons. Escrivá vivió los sentimientos y las virtudes a los que es llamado el hombre en esos pasajes de la Palabra de Dios (Gen 1-3), cfr. CONGREGACIÓN PARA LAS CAUSAS DE LOS SANTOS, *Decreto sobre las virtudes heroicas de Siervo de Dios Josemaría Escrivá de Balaguer*, Roma 9-IV-1990.

